

IGLESIA. BIZKAIA. ELEIZEA

Documentos. Agiriak

HOMILÍA EN LA CELEBRACIÓN DE ACCIÓN DE GRACIAS POR LA CANONIZACIÓN DE SAN JOSEMARIA ESCRIVÁ DE BALAGUER

Toda Eucaristía es, como dice la misma palabra, acción de gracias; la comunidad celebrante y unida en el Espíritu Santo bendice a Dios Padre y le da gracias por habernos enviado a su Hijo Jesucristo, que nació de Santa María Virgen, que proclamó el Reino de los cielos, que murió por nosotros, que resucitó de entre los muertos, que vive para siempre y que vendrá con poder y gloria al fin de la historia para juzgar a la humanidad y consumir la salvación. Pero a esta acción de gracias, en que consiste la Eucaristía, unimos hoy el agradecimiento a Dios por haber glorificado a su siervo Josemaría.

1. En presencia de Dios, a cuya acción santificadora abrimos nuestra vida, actualizamos con la memoria los días intensos e inolvidables pasados en Roma a principios de mes para participar en la canonización de san Josemaría. El día 6, en medio de aquella inmensa asamblea y de la Iglesia universal, proclamó el papa la santidad de Escrivá de Balaguer. El tapiz, colgado en el balcón central de la fachada de la basílica vaticana, con la fotografía de Josemaría atrajo nuestras miradas y nos conmovió hondamente. Con agradecimiento por su vida y su obra lo acogimos como ejemplo luminoso e intercesor ante Dios.

Una vez más había fructificado espléndidamente la santidad de la Iglesia en uno de sus hijos. La santidad, que es la señal más elocuente de la fecundidad de la Iglesia Virgen-Madre, se ha mostrado nuevamente entre nosotros. Dios glorifica su santo nombre en medio de nuestra debilidad y remueve nuestra mediocridad con la vida admirable por la fe, la esperanza y el amor de los santos. Mirando hacia ellos, nos sentimos atraídos hacia Dios y hacia la perfección del amor.

2. El carisma que la Iglesia ha reconocido en Josemaría, junto con su vida santa, viene expresado con estas palabras de la oración colecta de la misa: “Señor y Dios nuestro, que elegiste a San Josemaría, presbítero, para anunciar en la Iglesia la vocación universal a la santidad y al apostolado...”. Escrivá fue con su obra y sus escritos uno de los pioneros que prepararon el Concilio Vaticano II, descubriendo con la novedad del Espíritu los tesoros permanentes del Evangelio.

En efecto, el Concilio, que comenzó su andadura el once de octubre hace cuarenta años, enseñó la vocación universal a la santidad y al apostolado. “Todos los fieles cristianos, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor” (*Lumen gentium*, 40). Todos los bautizados, en los diferentes estados (como ministros ordenados, con-

sagrados y seculares), profesiones y circunstancias de la vida, deben ser santos. Igualmente afirmó el Concilio que “la vocación cristiana es, por su misma naturaleza, vocación al apostolado” (*Apostolicam actuositatem*, 2); también los seculares, partícipes de la función sacerdotal, profética y real de Cristo, cumplen en la Iglesia y en el mundo la parte que les corresponde en la misión de todo el pueblo de Dios. Todos estamos llamados a ser santos y todos hemos sido enviados por el Señor a trabajar en su viña... De esta forma, la fraternidad de los renacidos en Jesucristo por el bautismo se manifiesta extraordinariamente.

Cuando en muchos se disuelve la identidad cristiana y no encuentran a Dios en su vida personal y en la historia de la humanidad, Josemaría nos ha mostrado la excelencia cristiana del trabajo y de la existencia ordinaria. Las tareas cotidianas no son rutina estéril, sino medio de santificación, cita de Dios y novedad espiritual permanente. “La vida cotidiana revela una grandeza insospechada. La santidad aparece verdaderamente al alcance de todos” (Juan Pablo II, Discurso en la audiencia del día 7. Cf. *Novo millennio ineunte*, 31). “El trabajo humano bien terminado se ha hecho colirio para descubrir a Dios en todas las circunstancias de la vida, en todas las cosas” (Mons. Javier Echevarría, prelado actual del “Opus Dei” en la homilía del día 7, citando al anterior prelado Mons. Álvaro del Portillo).

“Rema mar adentro”, hemos escuchado en el Evangelio (Lc 5,4); acogiendo, como Pedro, la invitación de Jesús, seamos apóstoles en todos los ambientes de la sociedad. Para que el trabajo cotidiano y las situaciones ordinarias de la vida sean de hecho medio de santificación y de apostolado, necesitamos orar constantemente, hablando a Dios con la confianza entrañable del hijo pequeño con su “papá” (cf. Rom 8,14-17). Sin oración y sin participar pacientemente en la cruz del Señor no podemos ser sus apóstoles y testigos. Si no profundizamos en el encuentro personal con Jesucristo, no podemos internarnos evangélicamente en el campo misionero. Jesús puede ser inspiración, compañía y meta de todos los aspectos de nuestras vidas en su discurrir diario, si despertamos el espíritu por la fe en su presencia.

3. Estamos reunidos en la basílica de la “Amatxo” de Begoña, en el mes dedicado tradicionalmente al Rosario y dando gracias a Dios por la canonización de un santo, cuya vida se caracteriza también por la devoción mariana. Todavía otro dato converge hacia el mismo punto: el día 16 Juan Pablo II ha hecho pública una estupenda Carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, renovando y animando esta arraigada forma de piedad.

Escrivá de Balaguer ha aprendido de la manera afectuosa y confiada de tratar a su madre la relación entrañable con María la Madre de Dios y nuestra Madre. Aquel trato filial ha sido guía e iniciación para ésta. De un tirón, en una mañana de diciembre de 1931, redactó Josemaría su librito “Santo Rosario”, con el deseo de dar a conocer su modo de meditar los misterios del Señor y de la Virgen: “Crear como creen los niños, amar como aman los niños, abandonarse como se abandonan los niños, rezar como rezan los niños”.

El Rosario es “compendio del Evangelio” (Pablo VI), “credo hecho oración” (card. Newman), “contemplar con María el rostro de Cristo” (Juan Pablo II, *Carta* n. 3). El rezo del Rosario “marca el ritmo de la vida humana”, siguiendo

los pasos de Jesús (Juan Pablo II, *Carta* n. 25). Es una forma de orar evangélica y popular, de niños, ancianos y adultos en familia, de cansados y de vigilantes.

Juan Pablo II, que declara en esta Carta el año que va de octubre de 2002 a octubre de 2003 *Año del Rosario* (n. 3), insiste en la conveniencia de unir Rosario y paz: “El Rosario es una oración orientada por su naturaleza hacia la paz, por el hecho mismo de que contempla a Cristo”. Y señala estas razones: “Quien interioriza el misterio de Cristo aprende el secreto de la paz”, ya que Él es nuestra Paz (cf. Ef 2,14); además, la sucesión meditativa y serena del Ave María “ejerce sobre el orante una acción pacificadora”; por fin, el Rosario “muestra también el rostro de Cristo en los hermanos, especialmente en los que sufren”. Por esto, el Rosario “nos hace también constructores de la paz en el mundo” (*Carta* 40).

¡Qué importante es recordar la conexión del Rosario y la paz en nuestra situación! Seamos, queridos hermanos, serenidad en las crispaciones, concordia en la división, puente en las distancias; defensa para los amenazados en su vida y libertad, alegría para los entristecidos y ánimo para los desalentados. Con palabras del nuevo santo: “Sembradores de paz y de alegría”. Así como el odio, que es una especie de envenenamiento del corazón, bloquea todos los esfuerzos por la paz; el amor de Dios, en cambio, curando interiormente a la persona pone en marcha dinanismos pacificadores. Busquemos la paz y a Dios que es su fuente; sin renovación espiritual de todos nosotros quedarán baldíos los más generosos intentos por alcanzar la plena pacificación. Sólo Dios es el Señor, y si algo pretende ocupar su lugar nos encierra en terribles esclavitudes. La religión auténtica es fundamento y fuente de virtudes morales, también para la convivencia en la sociedad.

4. Además de ser heraldo incansable de la llamada universal a la santidad y al apostolado, san Josemaría y su fundación el “Opus Dei” han subrayado algunos rasgos espirituales y pastorales que merecen ser recordados.

- a) La comunión con el *papa* incluye oración por él y sus intenciones, escucha obediente de sus enseñanzas y afecto; la comunión eclesial implica cercanía cordial, cariño y amor; la auténtica comunión no es fría ni distante. Para cumplir el ministerio, trascendental para la Iglesia, que el Señor en su providencia le ha confiado, necesita fe ardiente, esperanza firme y caridad solícita. La comunión con el obispo diocesano se articula armoniosamente con la comunión con el papa, ya que éste preside el colegio episcopal del que forma parte afectiva y efectivamente cada obispo. ¡Pidamos a Dios que lo sostenga, fortalezca y consuele!
- b) Nunca ponderaremos suficientemente la importancia de la *familia* para cada hijo, para los cónyuges, para la Iglesia y para la sociedad. Es el hogar caliente y amable, donde la vida humana es transmitida generosamente, es esperada y no temida, es acogida con confianza en Dios y educada humana y cristianamente. Cultivar la fidelidad de los esposos y la unión de la familia, cuando está amenazada por fuerzas disgregadoras, ideológicas y prácticas, es necesidad primordial. ¡Cuidemos y defendamos la familia!

- c) El “Opus Dei” ha unido la estima grande por las *vocaciones sacerdotales y religiosas* con el cultivo del propio carisma, a saber, vivir como hijos de Dios en la situación concreta familiar, profesional y social. Las diversas vocaciones (sacerdotal, consagrada, laical) no son competitivas, sino al contrario se refuerzan mutuamente; son solidarias tanto en el vigor como en la anemia. ¡Que el Señor nos bendiga con abundantes vocaciones!

Queridos hermanos y hermanas, un santo es un regalo de Dios. Acojamos con gratitud la persona, la vida y la obra de san Josemaría; sigamos su ejemplo y acudamos a su intercesión.

¡Que nuestra Señora de Begoña, en cuyo regazo puso muchas veces el nuevo santo sus alegrías y sufrimientos, temores y esperanzas, y sobre todo la aspiración suprema de cumplir la voluntad de Dios en su vida, proteja a nuestra Diócesis, a la Prelatura del “Opus Dei”, a nuestras familias y a cada uno de nosotros!

Bilbao, 24 de octubre de 2002

✠ **Ricardo Blázquez**
Obispo de Bilbao

«IGLESIA: ENTRE TODOS Y PARA TODOS»

Carta a los fieles cristianos de Vizcaya en el Día de la Iglesia Diocesana

Queridos hermanos y hermanas en la fe:

Perdonadme el atrevimiento que hoy me he tomado. Como el 17 de noviembre celebramos el Día de la Iglesia Diocesana, me he permitido escribiros una carta familiar a cuantos formamos en el territorio de Vizcaya la comunidad cristiana. A todos saludo con afecto y os manifiesto mi agradecimiento por vuestra participación en la vida y en las actividades de nuestra Iglesia de Bilbao.

El Concilio Vaticano II, iniciado hace cuarenta años por Juan XXIII, que visitó y elogió el santuario de Begoña antes de ser elegido papa, nos ha ayudado a comprender lo que es una Diócesis o Iglesia local. Somos mucho más que una circunscripción o un distrito administrativo de la Iglesia católica.

Aunque la siguiente oración del Misal requiere una reflexión detenida y una meditación posterior, no me resisto a transcribirla como definición autorizada de nuestra identidad y vocación como Diócesis. “Oh Dios, que en cada una de las Iglesias diseminadas por el mundo manifiestas el misterio de la Iglesia universal, una, santa, católica y apostólica, haz que tu familia se una a su pastor